

La Masonería
Símbolos y Ritos

Colección dirigida por Raúl Herrero.

Ha cuidado este volumen
Juan Fº Nevado.

Grabado de la portada: *Cuadro de Logia*. Siglo XVIII.

Francisco Ariza

La Masonería
Símbolos y Ritos



© del autor, Francisco Ariza, 2007.
© de la edición y el diseño, Libros del Innombrable, 2007.
© de la maquetación,
J. Fº. Nevado 2007.

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización de los titulares del copyright.

La Masonería Símbolos y Ritos

1ª edición

Octubre, 2007

ISBN-10: 84-95399-81-4

ISBN-13: 978-84-95399-

Depósito Legal: Z-3521-2007

Imprime: Gráficas OLIMAR. Telf. 976 73 60 78

Impreso en España • Unión Europea
atencionlector@librosdelinnombrable.com



Libros
del Innombrable

Avda. Compromiso de Caspe 113, 6º D
50002 ZARAGOZA (España)
www.librosdelinnombrable.com

Al H.. Phoenix

Los ritos son esencialmente, y ante todo, el vehículo de la influencia espiritual, que sin ellos no puede transmitirse de ninguna manera; pero, al mismo tiempo, y en la medida en que tienen un carácter simbólico en todos los elementos que los constituyen, conllevan necesariamente también una enseñanza en sí mismos, puesto que, como hemos dicho, los símbolos son precisamente el único lenguaje que conviene realmente a la expresión de las verdades de orden iniciático. Inversamente, los símbolos son esencialmente un medio de enseñanza, y no sólo de enseñanza exterior, sino también de alguna cosa más, en tanto que ellos deben servir sobre todo de «soportes» para la meditación, que es en cualquier caso el comienzo de un trabajo interior.

René Guénon (*Aperçus sur l'Initiation*, cap. XXX)

El término operativo no sólo se refiere al trabajo físico o de construcción, proyección o planeamiento material y profesional de las obras, sino también a la posibilidad de que la Masonería *opere* en el iniciado el Conocimiento, por medio de los útiles que proporciona la Ciencia Sagrada, sus símbolos y ritos. Precisamente esto es lo que procura la Masonería como Organización iniciática y lo confirma la continuidad del paso tradicional que hace que igualmente pueda encontrarse en la Masonería especulativa, de modo reflejo, la virtud operativa y la comunicación con la Logia Celeste, es decir la recepción de sus efluvios, que son los que garantizan cualquier iniciación verdadera, máxime cuando las enseñanzas son emanadas del dios Hermes y del sabio Pitágoras.

Federico González (*Hermetismo y Masonería*, cap. II)

Capítulo I **El simbolismo masónico**

La Masonería, organización iniciática integrada dentro de la gran corriente del Hermetismo, remonta sus orígenes históricos a la época de los constructores medievales, conocidos como los *free-masons* o franc-masones (los «albañiles libres»), si bien éstos eran depositarios de una herencia mucho más antigua, como atestiguan las propias leyendas masónicas con genealogías que se remontan a la construcción del Templo de Salomón, e incluso mucho más allá, a los tiempos antediluvianos y primordiales. Recordaremos que los franc-masones eran llamados así por estar exentos del impuesto de franquicia, lo que les permitía viajar y practicar su oficio con total libertad, aunque si se quiere ir al fondo de las cosas hemos de admitir que por encima de ese aspecto exterior el antiguo masón era libre porque el ejercicio de su arte, el Arte Constructivo, emanado de la Ciencia Sagrada, lo llevaba al desarrollo de todas las potencias de su ser, y no existe a nivel humano mayor libertad que la que conlleva el conocimiento de lo que en realidad somos. «La verdad os

hará libres» se lee en el Evangelio de Juan, patrón de la Orden masónica.

Ese espíritu es el que ha heredado la Masonería actual, la nacida en el siglo XVIII, a través de los símbolos de la construcción (como los números, las formas geométricas y las herramientas), a saber: que ante todo se trata de los vehículos de la edificación interior, del templo espiritual, que está en la esencia misma de lo que ha sido y es la Masonería, la cual nos enseña a conocer el sentido iniciático de su Arte, pues sólo a través de ese conocimiento podemos realizar, u operar, en nosotros mismos los principios derivados de él. En este sentido no debemos olvidar que existe una permanente correspondencia entre el aspecto sensible o exterior del símbolo y lo que éste manifiesta en su realidad más elevada y trascendente. Por esta razón al Arte Constructivo también se le ha llamado el «Arte Real», idéntico a la «Gran Obra» de la Alquimia, y como tendremos ocasión de ver a lo largo de estas páginas numerosos símbolos masónicos están directamente vinculados con la enseñanza alquímica, constatando además la existencia de una geometría sagrada empleada por igual por los filósofos herméticos y los constructores para la descripción de la Cosmogonía, concebida como una Arquitectura o *Harmonia Mundi*.

En efecto, los símbolos masónicos se refieren a un conjunto de ideas relacionadas directamente con el conocimiento de la Cosmogonía, y por tanto del hombre, pues éste es un cosmos en pequeño, un microcosmos. Precisamente los antiguos constructores consideraban al

Cosmos (con sus distintos planos o niveles: celeste, intermediario y terrestre) como su modelo simbólico por excelencia, y para levantar sus edificios imitaban las estructuras de ese modelo, reveladas sobre todo a través de las formas geométricas, entre las que destacan el círculo y el cuadrado, símbolos respectivos del Cielo y la Tierra. Esas formas y estructuras simbólicas siempre responden a unos arquetipos universales, a unos principios que son coetáneos con cualquier tiempo o circunstancia histórica o personal, por lo que pueden ser actualizados en cualquier momento, aquí y ahora.

A este respecto, no importa que los masones de hoy no levanten edificios. Lo realmente importante es que esos mismos principios o ideas pueden ser conocidos a través de los símbolos que decoran las logias y templos masónicos, el más importante de los cuales es justamente el que se refiere a quien es verdaderamente el Autor de cuyo Pensamiento surge la Gran Obra de la Creación, conocido con el nombre de Gran Arquitecto del Universo, que es el Principio Supremo, la verdadera clave de bóveda o piedra angular del Templo masónico, siendo bajo la influencia de ese Principio que los masones realizan sus trabajos dentro de la Logia, unos trabajos en los que se aúnan el estudio de los símbolos y la práctica del rito, gracias a lo cual la propia Logia se torna un espacio significativo análogo a la misma estructura del Cosmos. Como veremos más adelante, el simbolismo de la Logia también es uno de los temas de meditación a los que la Orden masónica concede una importancia muy relevante.

Hablando del Gran Arquitecto, creemos que es conveniente señalar que en la Masonería éste no tiene ningún tipo de connotación religiosa. Y no puede tenerla porque la Masonería no es una religión, como pueda serlo la cristiana, la judía o la islámica, sino una organización iniciática que entrega al hombre los medios y los conocimientos necesarios para su perfeccionamiento como ser humano. Como se dijo más arriba la Masonería es una Ciencia y un Arte, y su Principio Supremo se manifiesta como la Inteligencia que organiza el Cosmos, el Templo Universal, de acuerdo al plan ideal concebido en su Sabiduría, que como se lee en el Libro de la Ley Sagrada «todo lo dispuso en medida, número y peso». Esto nada tiene que ver con un dios religioso al que se tenga que «adorar», como si se tratara de algo que está fuera del hombre y no constituyera su esencia misma. Como dice a este respecto René Guénon:

El símbolo del Gran Arquitecto del Universo no es la expresión de un dogma, y si se comprende como debe serlo, puede ser aceptado por todos los Masones, sin distinción de opiniones filosóficas, porque esto no implica por su parte el reconocimiento de la existencia de un Dios cualquiera.⁽¹⁾

No es, por tanto, la adscripción a un «dogma» religioso lo que se pide a quien entra por primera vez en el templo masónico, pues de los símbolos allí presentes

(1) «A propos du Grand Architecte de l'Univers», artículo perteneciente al volumen II de *Etudes sur la Franc-Maçonnerie et le Compagnonnage*.

no se desprende ninguna enseñanza de ese tipo. No se trata de «creer» en el símbolo, sino de comprenderlo, pues en la medida en que lo comprendemos y nos penetramos de su significado profundo seremos uno con la idea que lo conforma. El masón toma al símbolo como vehículo de Conocimiento y no como un objeto de «culto», pues sabe que no hay que confundir al símbolo con lo que éste simboliza.

Pero el hecho de que la Masonería no sea una religión no impide que existan masones que en su vida privada, y en el ejercicio de su libertad, practiquen un credo religioso determinado, o bien que no practiquen ninguno. Esto a la Masonería no ha de importarle, pues esas creencias, ya sean religiosas o de cualquier otro tipo (filosóficas, científicas, políticas, etc.) han de dejarse, junto con los metales, en la puerta del Templo, y esto es algo que el masón ha de cumplir estrictamente, pues está implícito en el juramento que realizó ante las «Tres Grandes Luces» de la Orden. Como dice nuevamente Guénon en otro artículo titulado «La Gnosis y la Franc-Masonería», ésta

debe ser pura y simplemente la Masonería. Cada uno de sus miembros al entrar en el Templo, debe despojarse de su personalidad profana y hacer abstracción de cuanto sea extraño a los principios fundamentales de la Masonería, principios a cuyo alrededor todos debieran unirse para trabajar en común en la Gran Obra de la Construcción universal.⁽²⁾

(2) *Ibid.* Este artículo ha sido traducido en el N° 13-14 de la revista *Symbolos*, págs. 192-195.

Por decirlo de alguna manera, lo único verdaderamente esencial que la Masonería «exige» a sus miembros es una voluntad firme en el «desbastado» y «pulimento» de la Piedra bruta, que como dicen algunos rituales «es un producto grosero de la Naturaleza que el Arte de la Masonería debe pulir y transformar». Ese desbastado y pulimento es justamente el símbolo del trabajo del masón consigo mismo, lo cual lleva a cabo con las herramientas o «útiles» que la Orden le va ofreciendo a lo largo de toda su carrera masónica, aprendiendo en primer lugar a separar alquímicamente lo «espeso de lo sutil», el «caos» del «orden», lo «profano» de lo «sagrado», pues dicha separación constituye la premisa fundamental a cumplir en las primeras etapas del proceso iniciático, hasta que con paciencia y perseverancia logre alcanzar ese perfeccionamiento, ejemplificado en la Piedra cúbica y tallada.

Recordemos que la iniciación, o vía en el Conocimiento, despierta en el hombre sus cualidades innatas, las cuales, y mientras no se produzca la recepción del influjo espiritual, permanecen «dormidas» o «replegadas» en su estado ordinario, que por ello mismo se asimila al «sueño» y a lo potencial. La influencia de la iniciación no añade nada que el hombre no posea ya y no forme parte de su propio ser. Por ello, estamos de acuerdo con Arturo Reghini cuando dice que el perfeccionamiento al que nos referimos

está ligado al conocimiento y al reconocimiento de la naturaleza humana y sus posibilidades inherentes. Es necesario realizar el antiguo precepto del orá-

culo de Delfos: conócete a ti mismo. Es necesario buscar en sí mismo el misterio del ser, considerar la vida humana, sus funciones, sus límites y la posibilidad de sobrepasarlos; intervenir activamente en su curso, no abandonarlo a la deriva, descubrir y despertar los gérmenes latentes, los sentidos y los poderes todavía desconocidos, dormidos y ocultos. Es necesario, en fin, realizar una obra de edificación espiritual, una transmutación, alcanzar la virtud y el conocimiento.

Para lograr ese fin el mismo Reghini nos dice que no existe otro medio que

el trabajo masónico basado y sostenido por la iniciación simbólica, es decir conferida y obtenida a través de la inteligencia de los símbolos masónicos familiares, a imagen de la obra de arte que se realiza con los instrumentos del oficio.⁽³⁾

Por nuestra parte diremos que la expresión «Conócete a ti mismo» debería figurar también en el frontispicio de los templos masónicos. En verdad, nada hay más importante para el hombre que conocer su verdadera identidad, saber quién hay detrás de esa máscara a la que llamamos «personalidad», y que la Masonería identifica con los metales del hombre viejo, «sumergido, como dicen los rituales, en las más profundas tinieblas». La idea de transmutación nos habla directamente del proceso alquímicamente, y de hecho, como ya dijimos,

(3) *Considérations sur le Rituel de l'Apprenti Franc-Maçon.*

el «Arte Real» masónico, desarrollado a través de los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, es idéntico a la «Gran Obra» de la Alquimia, por lo que puede hacerse una transposición totalmente coherente entre el simbolismo alquímico y el simbolismo constructivo y arquitectónico. La Piedra bruta de la Masonería es, en este sentido, lo mismo que la «materia prima» de la Alquimia: tanto en una como en otra están contenidas de manera potencial o virtual todas las posibilidades que conducen al hombre hacia su regeneración, posibilidades que, en el caso del Aprendiz, comenzarán a desarrollarse y a crecer gracias a la influencia espiritual o intelectual (pues ambos conceptos expresan lo mismo) transmitida a través de los símbolos y ritos de la Orden.

EL SÍMBOLO Y EL RITO

Vayamos a ver, pues, algunos de esos símbolos que constituyen, junto a los ritos y las leyendas de los grados, el patrimonio vivo y el verdadero tesoro de la Tradición Masónica. En aras de una mayor claridad podemos clasificarlos de la siguiente manera: en símbolos geométricos y visuales; en símbolos sonoros y vocales; y por último en símbolos en movimiento, que no son otros que los ritos. Sobre la importancia de los símbolos geométricos y visuales en la Masonería baste con recordar que antiguamente se identificaba a ésta con la propia Geometría, lo cual es perfectamente lógico pues esta última encuentra su aplicación natural en la Arquitectura. En efecto, la palabra Geometría deriva de *Gea* (tierra) y *metrón* (medida),

es decir «medida de la tierra», lo que desde luego tiene mucho que ver con el oficio de constructor en cuanto que éste debe comenzar por delimitar (y por tanto medir) un espacio con el fin de realizar su obra.

Por otro lado, el simbolismo geométrico es, al igual que el numérico, una de las herencias más importantes que la Masonería ha recibido de la Tradición Pitagórica. Hay que recordar que los gremios medievales de constructores procedían directamente de los *Collegia Fabrorum* (o agrupaciones de constructores) de la antigua Roma, y que éstos habían recibido gran parte de sus conocimientos sobre geometría sagrada directamente de los pitagóricos.⁽⁴⁾ Una filiación jamás interrumpida existiría entonces entre la Orden masónica y la pitagórica, hasta el punto de que muchos masones han visto en la Masonería una adaptación del Pitagorismo a los tiempos actuales. Lo cierto es que en las leyendas masónicas Pitágoras figura, junto al dios Her-

(4) En este sentido, se cree que quienes llevaron a cabo (o al menos en parte) la transición entre el período romano y cristiano en cuestión de arquitectura fueron los llamados «maestros del lago de Como», o «maestros comacinos». Esta era una cofradía de constructores que entre los siglos VII y IX había subsistido en el norte de Italia tras la desaparición de la civilización greco-latina, y aunque habían tomado la forma cristiana sus conocimientos sobre la arquitectura sagrada procedían enteramente de los *Collegia*. Lo que hicieron fue «adaptar» las formas de una tradición a otra, lo cual no fue muy difícil debido a que el propio Cristianismo había «absorbido» ya muchas cosas de aquella civilización, como el Hermetismo y la filosofía y metafísica de Platón, que influyeron notablemente en los primeros Padres de la Iglesia, tal el caso de Dionisio Areopagita, Clemente de Alejandría y San Agustín, entre otros, y en cuyos textos se encuentran las ideas que se plasmarán en la arquitectura medieval (románica y gótica) y posteriormente en la renacentista.

mes, como uno de los fundadores míticos de la Orden. En efecto, en dichas leyendas tanto Pitágoras como Hermes son los que encuentran las dos columnas (asimiladas posteriormente a las columnas J y B del templo masónico) donde se grabó todo el saber que remontaba a los orígenes mismos de la humanidad, y entre las que se encontraban las Artes y Ciencias de la Cosmogonía. Como dice a este respecto Federico González, esas dos columnas

configuran los dos grandes afluentes sapienciales que nutrirán la Orden: el hermetismo que asegurará la protección del dios a través de la Filosofía, es decir del Conocimiento, y el pitagorismo que dará los elementos aritméticos y geométricos necesarios que reclama el simbolismo constructivo; se debe considerar que ambas corrientes son directa o indirectamente de origen egipcio. Igualmente que esas dos columnas son las piernas de la Madre Logia, por las que es parido el Neófito, es decir por la sabiduría de Hermes, el gran iniciador, y por Pitágoras el instructor gnóstico.⁽⁵⁾

Podríamos entonces decir que la Masonería es la confluencia natural de esas dos corrientes, y que en ella son sólo una, conformando su identidad y su ser.

Volviendo de nuevo al simbolismo geométrico, debemos considerar dentro de éste a las propias herramientas o útiles. Concretamente hablamos del Nivel, la Plomada (o Perpendicular), la Escuadra y el Compás. Todas ellas

(5) *Hermetismo y Masonería*, cap. II.

están relacionadas directamente con las formas geométricas fundamentales. Por ejemplo, la Plomada es claramente un símbolo de la vertical, y el Nivel de la horizontal. En el simbolismo constructivo ambas son indisociables y se necesitan mutuamente, pues la verticalidad del edificio, es decir su perpendicularidad, le viene dada por la perfecta nivelación del mismo. Ya su vez esa nivelación es la resultante de un equilibrio que se consigue gracias a la presencia constante de un eje vertical, que señala el «justo medio» que impide cualquier desnivelación. La Plomada y el Nivel representan entonces los dos ejes de coordenadas que posibilitan el levantamiento armonioso de toda la construcción.⁽⁶⁾

(6) Abundando un poco más en el simbolismo del Nivel queremos referirnos a la equivalencia que existe entre éste y la Balanza, equivalencia que, como nos dice John Deyme de Villedieu, se da también en «sus nombres latinos respectivos: *libella* [para Nivel] y *libra* [para Balanza], en donde el primero no es sino el diminutivo del segundo. Por otra parte, al igual que el español nivel, la palabra [francesa] «niveau» proviene de la raíz *libr-*, que conlleva la idea de pesada, con lo que el «útil» masónico, en su significación simbólica, ha de estar próximo de la Balanza».

«Lo que es interesante, en el caso del Nivel masónico como en el de la Balanza tradicional, es que si se trata de establecer la horizontal, es con la ayuda de la vertical como hay que hacerlo (...) Es decir que la verificación de la horizontalidad se opera gracias a la vertical (...), lo cual señala con nitidez la preeminencia de esta vertical. Asimismo (...) la preeminencia de la vertical sobre la horizontal todavía era respetada en las antiguas balanzas (...) En efecto, la horizontalidad del astil se verificaba por la verticalidad de la aguja que se encuentra fijada en ángulo recto y que, para ser vertical, debía tomar la misma dirección que el soporte donde reposaba el astil, soporte él mismo suspendido en un punto fijo y que, como la plomada del Nivel, es el garante de la verticalidad y en consecuencia de una justa horizontalidad». («El Nivel Masónico ¿Una Misión de Nivelación o de Unión?», traducido en la revista telemática *El Taller: Revista de Estudios Masónicos*, Febrero de 2000).

Lo mismo ocurre con la Escuadra, que se forma por la unión de una vertical y una horizontal. Con este útil también construimos la cruz si unimos dos escuadras por sus vértices respectivos, e igualmente la figura del cuadrado, con lo cual se genera un «encuadre» que configura o delimita un espacio simbólico que sintetiza la idea misma de templo.⁽⁷⁾ Ambas figuras, la cruz y el cuadrado, son inseparables de la idea de cuaternario; así: los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones, los cuatro períodos cíclicos de la humanidad, las cuatro fases de la luna, las cuatro etapas de la vida humana, etc. En realidad la Escuadra es un ángulo recto, y ella está destinada a «escuadrar» la piedra durante su proceso de pulimento una vez ha sido trabajada con la ayuda del Mazo y el Cincel. Recordemos, en fin, que en latín Escuadra se dice «Norma», indicando así la idea de orden, o de «encuadre» que hace posible el orden, especialmente el del pensamiento, que se hace uno con la Inteligencia a la que refleja, la cual está simbolizada por el Compás, el instrumento de la medida, relacionándose así con la Geometría, la «ciencia de la medida».

Es obvia la relación del Compás con el círculo y con todas las figuras que tienden a la circularidad, que siempre son generadas a partir de un centro previo, que es precisamente el que señala uno de los dos brazos del Compás, aquel que permanece inmóvil mientras el otro gira a su alrededor. El centro de la circunferencia sería, pues, una imagen simbólica del Principio,

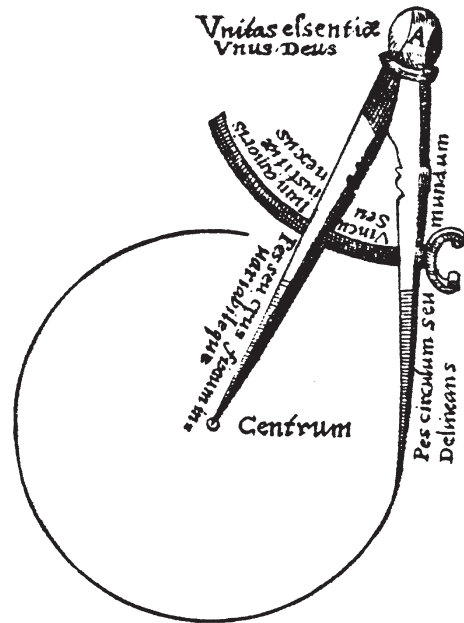
(7) Es interesante advertir que en el alfabeto masónico el cuadrado, con un punto en su centro, corresponde a la letra L, inicial de Logia.

pio, y la circunferencia misma, una imagen a su vez de la multiplicidad de la manifestación, surgida o generada por la irradiación de ese Principio, que permanece no obstante inmutable mientras todo lo demás gira, cambia y muta a su alrededor. Por eso el Compás es uno de los símbolos que se asocian directamente con la actividad creadora del Gran Arquitecto, como lo testimonian numerosos grabados donde se lo representa con esa herramienta en la mano trazando el plano de su obra, es decir del Cosmos. En este sentido, no es entonces de extrañar que en el Compañerazgo al Compás se le denomine la «Herramienta del Señor».⁽⁸⁾

Otras dos figuras geométricas importantes son el Delta Luminoso (de forma triangular) y la Estrella de cinco puntas o Estrella flamígera, símbolos respectivos del Gran Arquitecto y del hombre plenamente regenerado que ha retornado al centro de sí mismo. Se da la circunstancia de que tanto el Delta como la Estrella flamígera son de origen pitagórico, estando íntimamente

(8) Hablando de las relaciones entre la Escuadra y el Compás he aquí lo que nos dice nuevamente J. D. de Villedieu: «Con el fin de cumplir su papel, el Compás ha de ser móvil. Como la Esfera y el Círculo, como el Cielo, el Compás posee un carácter dinámico, activo. La Escuadra, cuando se la utiliza, debe estar fija. Como el Cubo y el Cuadrado, como la Tierra, modelos de estabilidad, la Escuadra posee un carácter estático, pasivo, receptivo. El primer instrumento se mantiene verticalmente con respecto al plano donde se aplica, el segundo se mantiene horizontalmente. Uno es pues masculino y el otro femenino, o, para utilizar expresiones taoístas de alcance más universal, el uno es yang y el otro yin. Nada sorprendente entonces que se recubran mutuamente, se entrecrucen y se entrelacen de acuerdo con los Grados o con los Ritos». («Herramientas» y Textos Simbólicos» publicado en *Ibid.*, marzo de 2001, y anteriormente en la revista *Vers la Tradition* de junio y septiembre de 1994).

relacionados con la *Tetraktys* y la Estrella pentagramática respectivamente, signo distintivo este último de la cofradía pitagórica.



Robert Fludd, *Utriusque Cosmi Historia II*, 1621.

Entre el segundo grupo de símbolos, los sonoros y vocales, encontramos las «palabras sagradas» y las «palabras de paso», así como las leyendas relatadas en los distintos grados. Todo ello forma parte de la enseñanza oral de la Masonería, que se complementa per-

fectamente con la enseñanza visual propia del simbolismo geométrico. Las «palabras sagradas» se denominan así porque representan diferentes nombres o aspectos del Gran Arquitecto. Cada grado masónico está signado y tiene su propia palabra sagrada. El significado de ésta da sentido y orienta los trabajos rituales y simbólicos que se desarrollan en cada uno de esos grados. Por eso es tan importante para el masón conocer ese significado, pues para él será un punto de referencia axial constante y permanente que le guiará a lo largo de todo su proceso iniciático.

No menos importantes son las «palabras de paso», así llamadas porque ellas permiten «pasar» de un grado a otro, lo que las relaciona directamente con la simbólica de pasaje o de tránsito, común a todas las vías iniciáticas de cualquier tiempo y lugar. La expresión «estar en posesión de la palabra de paso» quiere decir que el masón ha culminado una etapa dentro de su proceso de Conocimiento, que ha progresado en las «vías que le han sido trazadas» desde antiguo por su tradición, y que por tanto está preparado interiormente para recibir el «aumento de su salario».

Y por último están los símbolos en movimiento, que como dijimos no son otros que los ritos. El rito pone en práctica la idea que el símbolo expresa. Representa el desarrollo y la vivencia de esa idea, o sea el hacerla efectiva mediante su permanente reiteración. De nada serviría comprender lo que el símbolo manifiesta si después esa comprensión no se vive como una realidad verdaderamente transformadora. Por eso mismo es tan

importante el rito dentro de la Masonería, pues sin esa constante vivificación de los símbolos los trabajos que se hacen en la Logia carecerían de toda «fuerza y vigor», convirtiéndose en meras alegorías cuando no en actos puramente mecánicos. En este sentido la meditación, la concentración y el trabajo sobre los símbolos constituyen también una forma del rito, pues el fin último de éste es generar un estado apropiado para la comprensión de las realidades superiores vehiculadas por los símbolos. Se diría, pues, que el rito, realizado en estas condiciones, es una «meditación en acción», y esto puede hacerse tanto en el interior de la Logia, como en el mundo, que es la Logia Universal.

Podríamos entonces decir que la Masonería es ella misma un rito, de ahí que también se denomine «la Orden», como sinónimo del propio orden cósmico. Por esto mismo, en la Logia masónica (imagen simbólica de ese orden) todo se cumple según el rito, y todos los gestos y signos rituales realizados en el interior de la misma han de ser considerados como lo que son: vehículos transmisores de la enseñanza simbólica y de su influencia regeneradora.

La verdad es que una logia –por silvestre que parezca– es verdadera si en su seno se realiza el rito con perfección y conciencia; si existe una transmisión regular de las palabras y fuerzas interiores que desde antiguo se transmiten ininterrumpidamente; si los hermanos guardan el verdadero secreto, cultivando el silencio interior; si los asuntos de índole individual y las problemáticas sociales o económicas y todo tema de carácter profano se logran mantener, como corresponde, junto con los

metales, fuera de las puertas del templo; si sus miembros comprenden su misión y su función y se abocan, como tarea principal, a estudiar y practicar las Artes y las Ciencias que la Orden enseña.⁽⁹⁾

Verdaderamente no hay mayor rito que la búsqueda del Conocimiento, pues en ella el hombre encuentra el fundamento mismo de su existencia. Esa búsqueda es un «acto consciente», y todo lo que a partir de entonces es realizado, experimentado y vivido durante su desarrollo pasa a ser significativo, a tener un sentido que nos «orienta» en el laberinto de este mundo perecedero y nos impulsa hacia el encuentro de nuestro verdadero ser y origen.

LA LOGIA, IMAGEN SIMBOLICA DEL MUNDO

Hablaremos ahora del simbolismo de la Logia, y lo primero que llama nuestra atención es la propia palabra Logia, prácticamente idéntica a Logos, que significa justamente la Palabra o el Verbo con que el Gran Arquitecto crea el Cosmos. Igualmente, Logia, si no etimológicamente sí al menos en su sentido simbólico, es idéntica a la palabra sánscrita *loka*, que quiere decir «mundo», «lugar», y por extensión «cosmos». Por otro lado, también se da una identidad entre Logia, Logos y el griego *lyke*, que significa «luz».⁽¹⁰⁾

(9) *Symbolos* N° 13-14, pág. 68.

(10) Asimismo la *loggia* es un término técnico de origen italiano utilizado en arquitectura para designar una galería techada y abierta, compuesta por arquerías apoyadas sobre columnas y situadas generalmente en las partes elevadas de los edificios, como es el caso por ejemplo de los «paraísos» de los teatros.

Aquí tenemos, resumido, lo que distingue ante todo a la Logia masónica, que como dicen los antiguos rituales «es un lugar muy iluminado y muy regular», tal cual es el cosmos salido del Logos creador o Espíritu de la Construcción Universal. La luz es pues sinónimo de Cosmos, mientras que la oscuridad o las tinieblas se asimilan al «Caos» anterior al Cosmos. Las tinieblas en que se encuentra la Logia antes de la apertura de los trabajos simbolizan justamente ese «Caos» precósmico, y la apertura misma vendría a representar la gradual «iluminación» de esas tinieblas. En realidad la apertura de la Logia es un rito cosmogónico que los masones realizan constantemente, y si se estudia detenidamente la simbólica de ese rito se verá con claridad que se trata de un verdadero rito de fundación o de creación de un espacio y un tiempo significativos análogos a la propia estructura del cosmos. La descripción simbólica de la Logia reproduce precisamente esa estructura:

¿Cuál es la forma de tu Logia?
Un rectángulo.
¿En qué sentido se orientan sus lados largos?
De Oriente a Occidente.
¿Y sus lados anchos?
De Mediodía a Septentrión.
¿Y su altura?
De la superficie de la tierra hasta los cielos (el Cenit).
¿Y su profundidad?
De la superficie hasta el centro de la tierra (el Nadir).
¿Qué significan estas direcciones?
Que la Masonería es Universal.

Podemos observar que esas direcciones conforman una cruz tridimensional, cuyos ejes de coordenadas largo, ancho, alto y bajo conformarían la estructura interna de la Logia, a imagen misma del cosmos. Ese rectángulo es en realidad un doble cuadrado, que se orienta horizontalmente de Oriente a Occidente según sus lados largos y de Mediodía a Septentrión según sus lados anchos. Es a partir del centro del rectángulo que la Logia se orienta verticalmente hacia lo más alto de los cielos (el Cenit) y hacia lo más profundo de la tierra (el Nadir), adquiriendo así su verdadera dimensión universal. Si nos fijamos bien ese rectángulo volumétrico generado por la cruz tridimensional no es otro que un paralelepípedo, o «cubo largo», que para Platón era una de las figuras geométricas reveladoras de la armonía cósmica.

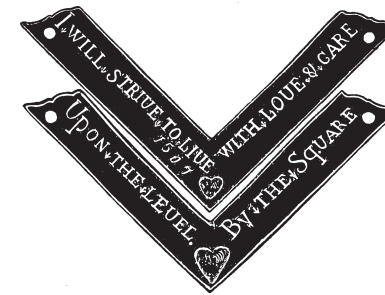
Esa estructura vertical también aparece proyectada en el plano base de la Logia, que está dividida en tres partes bien diferenciadas, a imagen misma del Templo de Salomón, prototipo del Templo masónico. El Cielo está representado por el hemicíclo situado a Oriente, que tiene forma semicircular, y que recibe, al igual que en el Templo de Salomón, el nombre de *Debir*, o «Santo de los Santos». A él se asciende por tres peldaños o gradas, que se refieren a la idea de elevación gradual y jerarquizada a otros planos o niveles superiores de realidad. A su vez la Tierra está simbolizada por el *Hikal*, que es todo el espacio restante de la Logia hasta las dos columnas J y B, las cuales soportan el «pórtico de la entrada», asimilado a lo que en el Templo de Salomón se denominaba el *Ulam*. Se dice que el «pórtico de la entrada» no está ni dentro ni fuera de la Logia. Es, pues, un lugar de tránsito, o de

pasaje, que el masón debe atravesar viniendo de las tinieblas del mundo profano, el cual es propiamente el mundo inferior (de *infernus*).

Esa misma idea de elevación señalada por las tres gradas que conducen al *Debir*, la encontramos también en el Altar o Ara, proveniente del latín *altare*, cuya raíz, *altus*, significa precisamente lugar alto o elevado. En muchas culturas tradicionales los altares (como los templos) se erigían en la sumidad de las montañas, o de las pirámides escalonadas, como en el caso de las civilizaciones precolombinas, o de los *zigurats* babilónicos, por poner sólo dos ejemplos. El Altar está situado en el centro mismo de la Logia, y en torno a él los masones efectúan sus ritos. Es por tanto el «punto geométrico» o «corazón» de la Logia, y por él pasa simbólicamente la Plomada del Gran Arquitecto que une el Cielo con la Tierra. También se llama «Altar de los Juramentos» porque sobre él los masones realizan los compromisos y «alianzas» que contraen con la Orden y el Espíritu que la vivifica.

Esos juramentos se cumplen en presencia de las «Tres Grandes Luces» de la Masonería, el Libro de la Ley Sagrada, la Escuadra y el Compás, los cuales se disponen precisamente sobre el Altar. En casi todas las logias ese Libro no es otro que la Biblia, pero ésta también puede ser sustituida por cualquiera de los libros sagrados y sapienciales de la humanidad, lo cual es una muestra más del carácter verdaderamente universal de la Masonería. Lo realmente importante es que en ese Libro se recoja la voz de la Sabiduría Perenne, cuya esencia está por encima de las formas particulares que ésta pueda adoptar para manifestarse. Lo mismo podemos decir del Compás y la

Escuadra, herramientas cuyo simbolismo, como ya vimos, está ligado directamente con la idea de una Cosmogonía siempre viva y actual. En este sentido, si el Libro de la Ley Sagrada representa la voz de la Sabiduría Perenne, el Compás simboliza al Cielo y la Escuadra a la Tierra, esto es, al polo activo y pasivo, esencial y substancial, de la Manifestación Cósmica, los cuales constituyen precisamente los principios de cuya unión surgen todos los seres y mundos que integran dicha Manifestación. ⁽¹¹⁾



«Me esforzaré en vivir con amor y solicitud
Sobre el nivel según la escuadra»
Puente de Limerick, Irlanda, 1517.

(11) A este respecto conviene señalar que el Compás y la Escuadra no son símbolos exclusivamente masónicos, pues también se encuentran, y con idéntico significado simbólico, en muchas otras tradiciones, como por ejemplo la antigua Tradición China o Extremo-Oriental, donde estos dos instrumentos, como hemos visto anteriormente, están claramente vinculados con el Cielo y la Tierra, entre los que se sitúa el hombre como mediador y al mismo tiempo como «hijo del Cielo y de la Tierra», de igual manera que el maestro masón está situado «entre el Compás y la Escuadra». Acerca de esta importante simbólica ver los capítulos III, IX y XV de *La Gran Tríada*, de R. Guénon.

Volviendo de nuevo al Oriente, sobre la pared del fondo encontramos el Delta luminoso con el Tetragrama o Nombre inefable del Gran Arquitecto en el centro. Como ya dijimos este Delta es un triángulo con el vértice hacia arriba, figura que expresa la realidad de los principios universales, a la vez que es la primera estructura prototípica que aparece en todos los planos de la manifestación como un principio que crea, otro que conserva y un tercero que destruye, o mejor, transforma. Todos ellos surgen de un Principio único, que queda simbolizado en el Delta por un solo ojo que a veces sustituye al Tetragrama, pero que viene a referirse al mismo sentido de presencia inmutable de la Deidad Suprema en el seno de la Manifestación. Además, la Manifestación, desde su realidad más sutil hasta la más densa y material, está simbolizada por las cuatro letras que componen el Tetragrama: *Iod, He, Vau, He*, cada una de las cuales está en correspondencia con cada uno de los cuatro planos que conforman el Arbol de la Vida cabalístico, símbolo a su vez del Cosmos. En este Nombre del Gran Arquitecto queda pues resumida la obra de la creación, y su conocimiento, en la Masonería, se vincula directamente con la búsqueda de la «Palabra Perdida».

Pero la Logia no es sólo una estructura estática—como tampoco lo es el Universo— sino dinámica también, pudiendo ser visualizada como una rueda, imagen de la «Rueda del Cosmos» o *Rota Mundi*. Esto está expresamente indicado por las doce columnas o pilares que enmarcan el recinto de la Logia, y que equivalen a

los doce signos zodiacales. Cinco de estas columnas están situadas a Septentrión, cinco más a Mediodía, y las dos restantes (las columnas J y B) a Occidente, justo en el «pórtico de la entrada». Diremos que el Zodíaco (que quiere decir precisamente «Rueda de la Vida») es como el marco del Universo visible, y su movimiento cíclico, unido al de los planetas y demás estrellas y constelaciones, influye en el cambio alternativo de las estaciones y en el mantenimiento y renovación de la vida del Cosmos y del hombre. De esto se deduce que la Masonería no desconoce la antigua ciencia de la Astrología, que junto a la Alquimia revela también los misterios del Cielo y de la Tierra, presentes en el hombre.

Las columnas J y B se vinculan especialmente con la simbólica ascendente—descendente del ciclo anual. Ellas se asimilan, pues, a los dos San Juan, el Bautista y el Evangelista, y a los dos rostros del dios romano Jano, y en consecuencia a la «puerta de los hombres» y a la «puerta de los dioses», respectivamente. Estas son las puertas zodiacales de Cáncer y Capricornio, que corresponden a la entrada del Verano y del Invierno, es decir al descenso y al ascenso de la luz solar. Las puertas solsticiales cumplen un papel muy importante dentro del proceso iniciático, que, no debe olvidarse, reproduce exactamente las etapas del desarrollo cosmogónico. Para los pitagóricos, por la puerta de Cáncer las almas penetran en el «antro de las ninfas», idéntica a la caverna platónica, ambas imágenes del Mundo. Allí el masón, atravesando las dos columnas como si fuese parido por ellas, comienza a recorrer su viaje horizontal o terrestre, hasta llegar al centro de sí

mismo, al altar de su corazón, en donde se abre otra puerta, la de Capricornio, a través de la cual inicia otro viaje, esta vez vertical y celeste hacia la cúpula y la clave de bóveda que corona los misterios de la Cosmogonía, dando acceso así a los estados metafísicos e incondicionados. Es decir, que el hombre

entra por una puerta y sale por otra, y en el ínterin –signado por el espacio y el tiempo– tiene la oportunidad de reconocerse y escapar de esa condición por la identificación con otros estados del ser universal, que puede vivenciar por medio de la conciencia individual –semejante a la conciencia universal– y que constituyen la posibilidad de la regeneración particular –y también de la universal–, siempre, claro está, tomando como soporte la generación y la creación en el espacio y el tiempo. (12)

Este mismo proceso puede verse también en la mitología de gran número de héroes y dioses solares, como es el caso de Osiris, Quetzalcóatl, Mitra, Cristo y el propio Maestro Hiram.

En medio del templo se extiende el Pavimento Mosaico, tapiz de cuadros blancos y negros exactamente iguales que los del tablero de ajedrez, y cuya forma cuadrangular evoca la de la Logia. De hecho reproduce a su escala las dimensiones horizontales de la misma, y el encuadre que genera determina un espacio sagrado y significativo, una «Tierra Sagrada» como se dice expresamente

(12) Federico González, *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*, cap. VII.

en las lecturas del Rito Emulación. El pavimento mosaico es sin duda un símbolo de la manifestación que, efectivamente, está determinada por la interacción permanente de las energías positivas, masculinas y centrífugas (*yang*, luminosas) y las energías negativas, femeninas y centrípetas (*yin*, oscuras), expresadas también en la alternancia de los ritmos y ciclos de la naturaleza y el Cosmos. Esas mismas energías están representadas por el Sol y la Luna, que en la Logia se encuentran presidiendo el Oriente, a uno y otro lado del Delta luminoso. Recordaremos que el color blanco simboliza las energías celestes, y el color negro las terrestres. Las primeras se oponen a las segundas, y viceversa, al mismo tiempo que se complementan y conjugan (atraídas como los polos positivo y negativo de un imán), determinando en su perpetua interacción el desarrollo y la propia estructura de la vida cósmica y humana. Esa estructura se genera igualmente por la confluencia de un eje vertical –celeste– y otro horizontal –terrestre– (ejemplificados en el Pavimento por las líneas transversales y longitudinales), conformando un tejido o trama cruciforme, un cuadrículado, en fin, que refleja las tensiones y equilibrios a que está sometido el orden de la Creación. Asimismo, también puede equipararse la vertical al tiempo y la horizontal al espacio (el primero activo con respecto al segundo, al que moldea permanentemente), es decir, a las dos coordenadas que establecen el «encuadre» que permite la existencia de nuestro mundo y de todas las cosas y seres en él incluidas. La idea de ese orden está ya implícita en el significado de la palabra «mosaico» que deriva del griego *Musèion*, literal-

mente «Templo de las Musas», expresión ésta que conviene perfectamente a la Logia masónica, en donde como estamos viendo cada una de sus partes y la totalidad de su conjunto constituye una síntesis simbólica de la Armonía Universal.

En medio mismo del Pavimento Mosaico se dispone el Cuadro de Logia, que es un esquema sintético de todo el Templo, además de constituir un soporte simbólico para la meditación y la concentración. En efecto, el cuadro de Logia, al contener en su interior el diseño de los símbolos más significativos e importantes, deviene por ello un vehículo de la influencia espiritual en la Masonería. Antiguamente el cuadro de Logia se trazaba directamente sobre el suelo antes de iniciar los trabajos, y era borrado cuando dichos trabajos tocaban a su fin. Esto da la medida de la importancia que el cuadro tenía en los ritos cosmogónicos de los constructores, pues en verdad el trazado de los diferentes símbolos constituía en sí mismo un rito destinado a «atraer» y hacer presente en el espacio significativo de la Logia las ideas-fuerza contenidas en esos mismos símbolos, y que después se plasmarían en la edificación. Aunque hoy en día en los talleres masónicos ya no se tenga la costumbre de dibujar el cuadro de Logia, sin embargo la influencia de esos símbolos continúa estando presente, hasta el punto de que sin la presencia del cuadro los trabajos no pueden abrirse. En cualquier caso, el trazado del cuadro de Logia es un ejercicio ritual de meditación y concentración en los símbolos que el masón podría practicar siempre que lo deseara.

Y por último mencionar que alrededor del Pavimento Mosaico y del Cuadro de Logia se encuentran los tres pilares de la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, correspondientes a tres nombres del Gran Arquitecto directamente relacionados con la construcción del Templo espiritual y del Templo material, pues como se dice en algunos rituales: «La Sabiduría del Gran Arquitecto del Universo es infinita», «Su Fuerza es omnipotente» y «La Belleza de su Obra se refleja en el Universo entero». No es entonces de extrañar que sea precisamente en torno del Pavimento Mosaico, del Cuadro de Logia y de los Tres Pilares que se realiza el rito de la Cadena de Unión, en el que se invoca la potencia creadora e iluminadora del Gran Arquitecto, e implícitamente también la de todos los hermanos esparcidos por la faz de la Tierra, sin olvidarnos de los antepasados que han pasado al Oriente Eterno y que contribuyeron con su esfuerzo, sacrificio y entrega a la Verdad y al Conocimiento a la edificación de la Gran Obra Universal. Y esta invocación vertical se realiza mediante la unión encadenada y fraterna de todas las fuerzas vivas presentes en la Logia, es decir de todos los componentes de la misma, que establecen así una comunicación sutil entre sus respectivas individualidades, sirviendo como soporte para la manifestación de la influencia espiritual.

Como se dice en el libro *La Cosmogonía Masónica*, de Siete Maestros Masones, cap. 33, la cadena de unión

constituye un círculo mágico perfecto de concentración de vibraciones, un dinamo generador, no únicamente capaz de transmitir su fuerza a cada uno de

los integrantes sino la de emanar a otros espacios visibles e invisibles; una forma activa de la invocación y también un encantamiento de protección para todos aquellos que tienen la gracia de participar en los misterios del Arte Sagrado, los llamados guardianes del Templo de la sabiduría salomónica, imagen de todos los templos, los que como parte de sus funciones deben saber estrechar sus filas y trabajar de modo armónico, tendiente a la perfección.

